

## La paz perpetua

Manuel Campa

Cada vez que se celebra el centenario, cualquier centenario, de un gran pensador, es tan abrumadora la cantidad de artículos y comentarios que ocasiona, que el lector no familiarizado con el filósofo festejado recibe la impresión de que casi todas las ideas importantes estaban ya formuladas o, al menos, insinuadas en sus páginas originales. La justificación de esa impresión está, probablemente, en que esos autores clásicos son una parte importante de nuestro pasado intelectual, venimos de ellos, ya que fueron la conciencia de un mundo del que procede, en buena parte, el nuestro. Ahora le toca a Kant, en el segundo centenario de su muerte. No hay ningún europeo que no sea deudor de sus ideas, como no hay ningún español que no deba algo al Quijote de Cervantes, aunque no lo haya leído. El caso más citado de este tipo de herencia intelectual universal y abrumadora, por su riqueza, es Hegel en su Fenomenología del Espíritu, donde en un solo capítulo, en el famoso capítulo IV, describe, con la lucha de conciencias, la dialéctica del amo y el esclavo, y, con la "muerte de Dios", la conciencia desventurada, que son –según muchos historiadores– nada menos que una anticipación del marxismo y del existencialismo expresados como en comprimidos o pequeñas píldoras.

Sin llegar a la espectacularidad de Hegel, también a Kant se le atribuyen unas virtualidades tan desmedidas hacia la posteridad que resultan, si no se explican, cuando menos paradójicas. Así, se presenta, con todo rigor, la Crítica de la Razón Pura como el resultado de una reflexión sobre la física de Newton, con sus ideas de un tiempo y un espacio absolutos y no dependientes de nada; pero, a la vez, el resultado de esa reflexión se considera como un precedente de las ideas relativas de tiempo y espacio que, más de un siglo después, explicará Einstein mediante el ejemplo escolar de la velocidad de un tren de muy alta rapidez con respecto a diferentes observadores. En la última parte de la Crítica de la Razón Pura, en la Dialéctica Trascendental, niega Kant la posibilidad de la Metafísica como ciencia, por desbordar los límites de nuestra experiencia –Dios, por ejemplo, no es objeto de nuestra percepción sensible–; sin embargo, siglo y medio después, Heidegger reinterpretará la Dialéctica Trascendental como una metafísica de la finitud.

En estos días, hemos leído una opinión muy cualificada, según la cual el imperativo categórico de Kant –“obra de tal modo que la máxima de tu acción pueda elevarse a ley universal”– es un antecedente del nazismo alemán. Sin embargo, si tomamos como referencia no sólo esa primera formulación, sino también otras expresiones del imperativo categórico, Kant aparece como un defensor de la tolerancia y el respeto a los demás, al postular que no se utilicen sólo como medios, sino que se respeten los fines de cada persona. Asimismo, parece poco compatible con lo que sería, después, el nazismo el no aceptar como coartada de una mala conducta el ambiente o atmósfera social en que se actúa. Con ejemplos de hoy: que algunos narcotraficantes gallegos hayan amasado una gran fortuna con total impunidad, no justificaría que los jóvenes de Villagarcía de Arosa siguieran ese modelo, o que, en Asturias, algunas sanguijuelas humanas, con empresas parásitas de las públicas, obtuvieran grandísimos beneficios en modo alguno puede servir de disculpa para que, frívolamente, se mezclen aquí los intereses públicos y los privados, como de vez en cuando sucede. Kant defiende una ética humana autónoma y, a la vez, postula la existencia de un Dios providente, lo que –para N.Hartmann– implica una cierta contradicción. Qué mayor paradoja, para un ciudadano de Königsberg, que no solía salir nunca de su pueblo, sustentar, ya en 1795,

que lo que sucede en el último rincón del globo afecta a todos, moral y políticamente. Probablemente, “La paz perpetua”, escrita cuando su autor entra ya en la vejez, es, en muchos aspectos, más actual que hace dos siglos, porque se plantea la paz como un orden universal, con una perspectiva de globalización que abarca a todos los Estados, a nivel mundial. Lo que Kant veía, en 1795, como un postulado moral más o menos lejano, forma parte de nuestras preocupaciones diarias, ya que, a pesar de los condicionamientos de los medios de información, sabemos que estamos en manos de los señores universales de la guerra, que sólo nos conceden una pequeña tregua, mientras esperan afianzarse en las próximas elecciones para proseguir con nuevas campañas bélicas, con tal de que haya petróleo por medio, y aunque falle de nuevo el pretexto de las armas de destrucción masiva.

Pero la paz no es sólo la ausencia de guerras, para el filósofo prusiano. Hay que excluir como no válidas algunas formas de paz aparente. Por ejemplo, la llamada “paz de los sepulcros”, que se da en algunos regímenes tiránicos, la paz del terror, de la falta de libertad, de la imposición de la injusticia. La paz no es válida si no va unida a la ética: el mejor gobierno es un gobierno moralmente válido. La injusticia y la corrupción encubren, con frecuencia, una paz ficticia, y la corrupción es la antesala de la violencia, aunque simule un estado de paz. Pero -frente a otras teorías pacifistas-, la paz no es algo espontáneo, dado, natural en el hombre, no es un punto de partida, sino un punto de llegada, que exige un continuado esfuerzo de entendimiento y actuación, un postulado moral constante en el hombre. No es verdad que el hombre sea, solamente, sociable y pacífico, desde un punto de vista natural, es también lo contrario, las dos cosas, sociable e insociable, pacífico y agresivo. Por eso la paz exige un esfuerzo y una tarea constantes, que tienen que extenderse a todos los Estados, que debe “ilustrar” a todos los pueblos. Para lo cual es necesario un orden republicano, o de separación de poderes, en cada Estado, para poder llegar a un orden universal, mediante un esfuerzo constante en constituir organizaciones internacionales, que garanticen la paz universal; una tarea constante que nunca finaliza, fruto siempre del ideal ilustrado de la libertad, de la igualdad y del derecho universal de hospitalidad y libre circulación de los ciudadanos por todo el mundo; postulados estos de los que nos hallamos aún bien lejos, dos siglos después de la muerte del pensador de Koenigsberg., cuando nos encontramos reviviendo las películas de indios de la infancia, ahora de verdad, con un gran vaquero universal, Bush, que no respeta a ningún sheriff u organismo internacional, dispuesto a imponernos el papel de los viejos indios, que deben ser dominados en todo caso; gran vaquero que prefiere, sirviendo a los más fuertes intereses económicos, con la ayuda de pequeños siervos, cultivar la dimensión más agresiva e insociable del hombre, en vez del continuado esfuerzo pacificador, que postulaba el autor de “La paz perpetua”.